



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

La voz de la sangre.



— Cuando me veas sola... bueno, pero si me encuentras con un señorito que lleva un clavel en el ojal, no me llames hermana, ¿sabes?
— ¿Por qué?
— Porque... todos los de su familia aborrecen a los cuñados.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Fantasía amorosa, por Fiacro Vráyzoz.—¡Rabial!... ¡Rabial! por José Jackson Veyán.—¡Ya lo creo que rabial! por Sinesio Delgado.—El cura de Valdesantos, por Emilio S. Pastor.—¡Me han matado!, por Juan Pérez Zúñiga.—Ante la estatua de Trueba, por M. Ossorio Bernard.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: La voz de la sangre.—Plan de venganza.—El carácter nacional (seis viñetas).—El cura de Valdesantos (cuatro viñetas), por Cilla-



DE TODO UN POCO

VIGO, MI AMADA PATRIA

Tengo una ciudad donostiarra en la boca del estómago.

Raro es el día en que no aparece en los periódicos la frase consagrada, y diríase que hay el decidido empeño de citar a toda hora la famosísima ciudad,

como si quisiera decirse a los españoles que veraneamos lejos de ella:

—Aquí está la nata y flor de la elegancia; la distinción, el lujo, la dicha, el *delirium tremens*...

Para una porción de personas que se titulan ilustradas no hay en toda la Península playa como la de San Sebastián, ni carne como aquella, ni besugos como los donostiarras, ni tomates como los que allí se comen, ni pulgas como las que allí pican...

—¿Adónde va usted este año?—pregunta un tonto.

—A Gijón se le contesta.

—¡Pchs!—dice el precipitado tonto, haciendo un gesto de desdén.

—¿Y usted?—repregunta el discreto.

—¿Yo?... ¡A San Sebastián! responde el repetido tonto, abriendo la boca hasta colocar el labio superior debajo de las ventanillas de la nariz.

Y yo sé de muchos caballeros que veranean en un cuarto piso interior de la «ciudad donostiarra», y comen a todo pasto pescado frito y lechuga, y duermen en un catre hético que parece una ficha de dominó.

—¿Cómo lo ha pasado usted en San Sebastián?—se les pregunta a la vuelta; y dicen poniendo los ojos en blanco:

—¡Deliciosamente! Es el único punto de España en que se sabe recibir a los forasteros. ¡Qué trato dan en las fondas! ¡Qué camas! ¡Qué alimentación tan rica! ¡Qué patatas aquéllas.

Vengo de recorrer algunas playas de Portugal y Galicia, que reúnen encantos muy superiores a los de San Sebastián. En Bayona, por ejemplo, una villa pintoresca inmediata a Vigo, veranean muchas familias de Madrid, y dicen a todas horas que allí no se echa de menos ninguno de los atractivos que ofrece la decantada capital de Guipúzcoa.

Hay en Bayona aires puros, alimentación sana, temperatura dulce, animación constante, y una franqueza encantadora entre los bañistas.

En Marín, que es otra de las playas gallegas más concurridas, la colonia de forasteros se divierte como en el mejor punto de baños, y disfruta de un clima suave, que ya lo quisieran en San Sebastián para los días de gala.

Y, sin embargo, la moda, ó para hablar mejor, la «tontería humana», continúa diciéndose con voz campanuda:

—¡Oh, San Sebastián! ¡Qué patatas aquéllas!

Vigo no será nunca un punto de baños, propiamente dicho. La ciudad es preciosa, los alrededores lindísimos, la bahía sin

igual; pero, con todas sus bellezas naturales, carece de un elemento imprescindible: la vida de la playa.

Hay una casa de baños no muy espaciosa, y las señoritas se bañan debajo de unos toldos, que nos traen a la memoria los que usan los bañeros de Madrid en tiempos de feria.

El pudor de las señoritas de Vigo llega hasta un punto inverosímil.

Cuéntase de una joven que, al bañarse debajo del toldo, notó con espanto la presencia de un chico de la localidad que la observaba por un agujero.

—¡Dios mío!—exclamó la joven ocultando los brazos debajo del agua.—¡Estoy perdida!

—No se asuste usted; soy yo, Pepito Champoneta—dijo el curioso.

—¡Pepito!—repitió la joven, poseída del pánico.

Y al siguiente día ingresaba en un convento, no sin haber dicho antes a los autores de su existencia:

—Yo no puedo sobrevivir a tanto infortunio. Una de dos: ó el convento, ó el suicidio rápido.

Los papás tomaron a risa la actitud de la joven, y entonces ella se fué a la mesa de noche de su cuarto; cogió la caja de las cerillas, fué, una por una, cortándoles las cabezas, y se las comió todas, sentada encima del cesto de la ropa sucia.

Cuando acudieron en su socorro no era «ya cadáver» precisamente, pero estaba muy malita. Se le hizo beber aceite, se la puso boca abajo, y gracias a este recurso extremo, echó todos los fósforos y una cantidad considerable de patatas fritas, a las que había sido siempre muy aficionada.

De estos casos de pudor incorruptible se registran algunos en los anales balnearios de la ciudad de Vigo; razón por la cual nadie se decide a suprimir el toldo, y la juventud viguesa se ve privada de admirar las formas esculturales de sus ciudadanas.

Si en Vigo se utilizase la hermosa playa de San Francisco para tomar baños, quizá aumentara el número de forasteros. Hoy por hoy, son pocos los que acuden a Vigo; y es lo que me decía una señora madrileña muy bien formada:

—Hágase usted un traje precioso, déjese usted corto el pantalón, exagere usted el escote... para venir después aquí y no poder lucirse.

Algunas señoritas de Vigo se bañarían por su gusto dentro de un baúl cerrado con llave, y en cambio hay otras que, si las dejaran, trasladarían el mar a la Puerta del Sol para bañarse allí, a las doce, cuando sube la bola del reloj del ministerio.

Escribo al correr de la pluma porque mis dulces paisanos, que me colman de obsequios, disponen una comida en mi honor. Yo se la agradezco con el alma, y me creo casi tan grande como cualquier diputado a Cortes que regresa al distrito.

Parece mentira cómo crece la importancia de la persona cuando tiene amigos que le obsequian.

¡Viva yo!

Luis Taboada.

FANTASÍA AMOROSA

(COMPOSICIÓN «DESFLORADA» EN DOS JUEGOS FLORALES; QUIERO DECIR, QUE NO SE LLEVÓ LA FLOR)

¿Conque quieres, Laura mía, que, en mi loca inspiración, te demuestre la pasión que en mi pecho arde bravía?

¡Oh... sí... sí... ¡Fuego letal siento en mi cerebro arder! Apolo me viene a ver preguntándome:—¿Qué tal?

Su soplo mi frente besa, siento el genio que me inspira, echo mano de la lira (que está encima de mi mesa)

y cual nuevo trovador, hoy que me siento inspirado, te diré, mi bien amado, te diré cuánto es mi amor.

¡Ves, con sus suaves ruidos, el cristalino arroyuelo que se arrastra por el suelo escondido entre las flores!...

¡Ves, entre bosques umbrosos, elruiseño, cuando pisa, saludando al nuevo día con sus trinos cadenciosos!...

¡Ves, sencilla y diligente, la pintada mariposa que al posarse en una rosa la acaricia blandamente!...

¡Ves las negras golondrinas en su locueta rauda vuelo, dibujando sobre el cielo caprichosas entelinas!...

¡Ves los mágicos cambiantes

con que el campo tornasola
la humilde y fresca amapola
con sus colores brillantes?...
¿Ves, á través de la bruma,
ese mar hirviente y fiero
que se revuelve altanero
entre montañas de espuma?...
¿Ves unirse en blando beso
las tórtolas inocentes?...
¿Ves los prados?... ¿Ves las fuentes?...
—¡Yo no veo nada de eso!
—¿Que no lo ves?
—¡No, señor!
—¡Entonces no hacemos nada,
y resulta una bobada
la explicación de mi amor!
¡Oh inteligencia confusa
de tan mezquino poder

que no alcanza á comprender
los primores de mi musal
¡Alma vulgar é incompleta,
si á mis frases enmudeces,
no mereces, no mereces
los amores de un poeta!
Á solas con mi dolor,
hoy lloro porque te adoro...
¡Mírame bien cómo lloro!
¡Si será grande mi amor!
Poeta y enamorado,
en mi amargo desconuelo
tengo chorreando el pañuelo
de tanto como he llorado.
¡Ya no sigo! ¿Para qué?
Cesen frases amorosas.
¡Cuando veas esas cosas,
entonces te las diré!

Por el poeta,
Ficero Grayoz

PLAN DE VENGANZA



—¡Tengo ganas de guardarme
dos duros en el bolsillo,
por el gusto de nogárselos
á Dios que baje á pedirnoslos!

¡Rabia!... ¡Rabia!

Tú en la villa y corte,
metido en la cama,
á asándote vivo
si sales de casa,
un volcán el aire,

la tierra una fragua,
el sol un hornillo,
y yo en la Montaña,
por arriba el verde,
por abajo el agua,

á un lado la huerta,
al otro la playa.
*¡Rabia, buen Sinesio!
¡Buen Delgado, rabia!*
Tú en el Buen Retiro
cogiendo tercianas
y oyendo á diario
óperas baratas;
en cambio, de noche,
yo, desde Santa Ana,
que es de Castro-Urdiales
la roca más alta,
tirando aparejos
con mucha plomada
y anzuelo punzante
y viva *gusano*
y pescando anguilas
de un metro de largas.
Tú viviendo como
una salamandra;
¡yo como un besugo!
¡yo como una rana!
Tú á cuarenta grados,
lo mismo que en África,
y yo á seis de mínima
y quince de máxima.
Tú, infeliz, tomando
grandes de cebada,
medianos de leche
y chicos de horchata:
yo tomando espumas
de la mar rizada
y viento nordeste
que azota la cara.
*¡Rabia, buen Sinesio!
¡Buen Delgado, rabia!*
Tú, sudando tinta,
no escribes palabra:
yo, que no la sudo,
tengo que comprarla
y escribo sainetes,

zarzuelas y dramas
y llevo en la alforja,
dispuesto á estrenarlas,
seis obras lo menos,
que podrán ser malas,
pero que han oído
mi madre y Amalia,
las cuatro niñeras
y las dos criadas,
y me han aplaudido
con toda su alma.
Tú al lado de Cilla,
con aquella cara,
dibujando *monos*
como un papanatas,
y yendo á la imprenta
por tarde y mañana,
sufriendo sablazos
y aguantando latas,
¡y yo sonriendo
como un patriarca,
entre nueve chicos
que gritan y cantan
y lloran y rien
y brincan y saltan:
los unos que besan,
los otros que abrazan,
los unos que comen,
los otros que manan!
Para ti las chinchas,
para mí las algas.
Para mí las olas,
para ti la manga
que, si no refresca,
por lo menos maucha.
Siempre hubo pobresitos
y hubo aristocracia.
Para mí las brisas,
para ti las brasas.
*¡Rabia, buen Sinesio!
¡Buen Delgado, rabia!*

José Jackson Ueyán.

Castro-Urdiales—Agosto 95.

¡YA LO CREO QUE RABIO!

(Á PEPE JACKSON)

Recibida tu carta
de Castro-Urdiales,
donde estás de bureo
como un magnate.
En llegando el estío,
pues... ¡ya se sabe!
me dejáis aquí solo
para que rabie
y me escribís cartitas
interesantes,
todas sobre lo mismo,
¡todas iguales!
Fulano en Algeciras,
Mengano en Cáceres,
éste en Vitigudino
y aquél en Cádiz,
como no halláis un tema
más importante,
os explayáis en dulces
intimidades,
y yo... me atengo á ellas
para salvarme.
¡No nos queda otro medio!
¡Dios nos ampare!
Porque ¿quién tiene ganas
de hablar con alguien,
ni en versos *comprimidos*
ni en versos fáciles,
si no hay asunto alguno
chico ni grande,
no siendo el del casero,
la suegra, el sastre,
y otros de allá, del tiempo
de Calomarde?
No hay vida literaria,
y hay que agarrarse,
vosotros á decirme

que estáis de viaje
para darme dentera
con los detalles,
y yo á fingirme alegre
quieto en mis lares,
pintando los placeres
incomparables
del Madrid del verano...
donde no hay nadie.
¿Cilla dices? ¡Si Cilla
también el martes
con rumbo á Salamanca
lió el petate!
¡Creo que hasta Palacio,
sin avisarme,
se fué á tomar las aguas
á cualquier parte!
Solo queda conmigo
Rodríguez Chaves,
y no tengo cuidado
de que don Ángel,
aunque le den millones,
de aquí se marche
mientras haya en la Plaza
quien pique y mate...
.....
.....
Ya que estamos hablando
de lo que á nadie
le interesa, *divíete*
que rabio aparte,
no porque tú me escribas
para que rabie,
sino porque en la boca
tengo una caries
¡y un flemón se me quita
y otro me sale!

Sinesio Delgado

El carácter nacional.



¿Que empiezan á zumbar por encima unos insectos?... ¡Como si no!



¿Que en vista de la impunidad va aumentando el número?... ¡Bien!



¿Que detrás de unos vienen otros y amenazan abrasarnos á picaduras?... ¡Bueno!



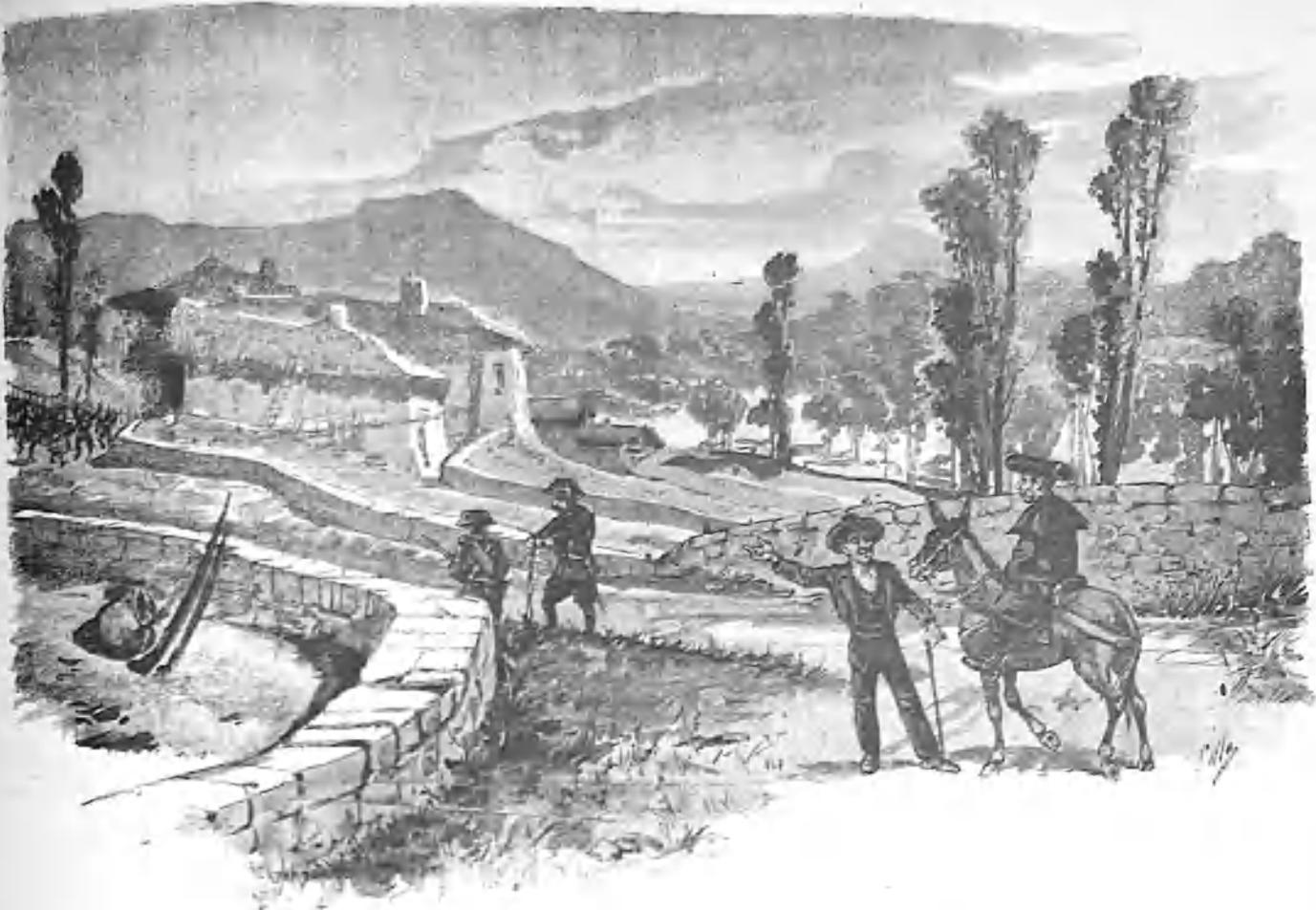
¿Que casi pueden contar seguro el triunfo comiéndonos á mansa (va?... ¡Corriente!



Todo se reduce á cambiar de mano la guitarra y dar unos boleos..



Y hasta otra.



El cura de Valdesantos.

El cura párroco de Valdesantos, provincia de Lugo, era un bendito de Dios. Llevaba veinte años ejerciendo su sagrado ministerio, sin que ningún contratiempo grave y sin que ninguna preocupación seria hubiese alterado su tranquila existencia. Tenía pocos estudios, pero razón muy clara y virtud muy grande, lo cual bastaba para que el obispo le dijese siempre en su visita pastoral:

—¿Como usted quisiera yo media docena, D. Pablo!

Y con esto se consideraba D. Pablo pagado más que suficientemente en su trabajo, retribuido con escasez y duro como el de todas las parroquias de Galicia, donde la población está diseminada.

D. Pablo, el día á que esta verídica historia se refiere, era víctima de una preocupación tremenda, la primera en su vida de párroco; preocupación que le privaba del sueño y del apetito y que absorbía todo su pensamiento.

Al regresar de su paseo diario por la tarde, vió en una de las casuchas extremas del lugar un lujoso coche de dos caballos, rodeado de chiquillos y mujeres desocupadas; la curiosidad le hizo detenerse un momento ante aquel tren espléndido y no faltó en el acto una comadre parlanchina que se acercara á decirle:

—Es que ha llegado la bailarina, la Isabeliña aquella, que fué á servir á la corte.

D. Pablo huyó del sitio como si temiera ser manchado por el lodo de aquel carruaje y por el aliento de aquellos caballos; pero no pudo excusar la conversación del asunto, porque el secretario del ayuntamiento, á quien se encontró en seguida, le puso en pleno conocimiento de lo que pasaba.

Isabeliña volvía á Valdesantos con el propósito de adquirir terrenos en aquel sitio donde vió la luz, y edificar un gran palacio. Ahora se albergaba en la primera fonda de Lugo, desde donde vendría con frecuencia á ver las obras.

Era un gran beneficio para el pueblo, porque trabajo no iba á faltar y además Isabeliña tenía fama de bondadosa y limosnera.

D. Pablo llegó á su casa, cenó menos que de ordinario, que era no cenar nada, cogió el breviario, rezó sus oraciones habituales, puso los codos sobre la mesa, apoyó la cabeza en las manos y quedó largo rato pensativo sin que le abstraiera de este estado el rozar continuo de un hermoso gato negro que todas las noches se despedía de su amo subiéndose á la mesa para darle topetazos en la cara.

—Yo no puedo tolerar —pensaba que el lobo entre en mis ovejas. ¡Y qué lobo! ¡Una chica que se fué á servir á la corte,

que no mandó un céntimo de salario á sus padres mientras éstos vivían! ¡Una chica que ha hecho una fortuna con el vicio y que ahora viene á enseñar á las inocentes aldeanas lo que se gana con el mal!... Pero y yo ¿con qué derecho le prohibo que se establezca aquí?... ¿Qué haré, Dios mío, qué haré para salvar á



estas infelices muchachas del contagio? ¡Debía haber leyes sanitarias para las almas, como las hay para los cuerpos!...

A la mañana siguiente D. Pablo iba camino de Lugo caballero en una buena mula y con la misma decisión y arrojo que aquel militar celoso de su honor que va á cumplir una misión peligrosa. Una vez llegado á la capital, le fué muy fácil dar con la Isabeliña; en la posada donde hizo alto, había gente de Valdesantos, que ya la habían visto en su carruaje y que sabían la fonda donde se albergaba. Allí se encaminó D. Pablo,

y apenas se hizo anunciar, fué recibido por su antigua feligresa.

¡Y qué impresión la de D. Pablo en aquel instante!

Isabelina era otra mujer distinta de la que él había visto salir para la corte con un pañuelo tosco liado á la cabeza, una mala saya y ningún calzado; ahora deslumbraba con sus galas; se marchó morena, y volvía blanca y rubia; era sucia y



astrosa, y regresaba limpia, reluciente, cuajada de brillantes, envuelta en sedas; se fué con unos modales groseros, pesados, y volvía con ademanes llenos de gracia y elegancia... Hasta parecía más joven, y eso que habían pasado diez años.

—D. Pablo!—exclamó la bailarina en cuanto le vió asomar por el dintel de la puerta.—¡Qué bueno se conserva usted! Siéntese, siéntese y deje el sombrero ó póngaselo, como más le acomode... Pero cuánto me alegro de que haya venido á visitarme, porque tengo grandes proyectos para Valdesantos y le necesito á usted.

—¿Que me necesitas... usted?—balbuceó D. Pablo, que no sabía si tutear á aquella mujer.

—Ya lo creo; probablemente para igual asunto que usted me busca. Tengo el mismo pensamiento que á usted le trae. Al tiempo que construya mi hotel, se reedificará la iglesia por mi cuenta.

—¡La iglesia!—interrumpió D. Pablo en el colmo de la admiración.

Y no era para menos que para asombrarse, dada la paradisiaca bondad de D. Pablo. ¡Una mujer así se ocupaba de la iglesia! La reedificación del templo medio derruido de Valdesantos era el sueño dorado de toda la vida del buen párroco. Había intentado muchos medios para costear las obras; pero todo había sido inútil. Ni el gobierno, ni la diputación, ni el ayuntamiento, ni las personas piadosas del lugar, aunque las había de gran fortuna, quisieron dar jamás una cantidad que era relativamente pequeña, y el tiempo, cuyos estragos nadie reparaba, iba agrietando y consumiendo rápidamente la casa de Dios.

—Ya verá usted—continuó Isabel;—será la mejor iglesia de la provincia, porque además yo regalaré un tercio el día de la santa patrona, un cáliz de oro y una gran cruz de plata para el altar mayor.

D. Pablo ya no sabía qué contestar; aquello era tan inesperado, que le anonadaba. El sermón que llevaba compuesto en su mente para rechazar á la pecadora y obligarla á escoger otro sitio de la tierra donde lucir y disfrutar el producto del vicio se le olvidó por completo.

Dar las gracias, aceptar aquellos ofrecimientos, que tanto halagaban su piedad por otra parte, era una cosa tan contraria á la dirección de su pensamiento y á sus propósitos, que ni aun las palabras necesarias para mostrar gratitud se le hubieran ocurrido.

Isabel tomó el embobamiento de D. Pablo por incredulidad y se apresuró á convencerle de la verdad de sus ofrecimientos. No se necesitaba sino que se presupuestase la obra para comenzar los trabajos, porque ella ponía desde aquel mismo instante á disposición del párroco la cantidad que fuese necesaria.

Lo mismo le daba ir facilitando poco á poco las sumas que se gastasen, que entregar el total adelantado; sólo deseaba saber cuánto costaría, para pedir los fondos á Madrid. Y como D. Pablo seguía absorto, sin responder palabra, deseosa la bailarina de disipar del todo lo que ella creía dudas, apeló á un último argumento y dijo:

—¡Para lo que me ha costado ganarlo!

Esta frase resucitó en el párroco todo el sentimiento moral

que parecía haberse debilitado desde su llegada á aquella casa —Precisamente—exclamó con energía,—precisamente por eso he venido, por el origen de ese dinero. Y vengo á mandarle á usted, como su párroco que soy, que no intente vivir en Valdesantos, que haga los palacios donde nadie sepa cómo se ha ganado el dinero para construirlos, ó donde haya tan poca vergüenza que á nadie le importe ver erigido un monumental vicio; pero en Valdesantos no. Hay una porción de jóvenes sencillas, honradas... y yo soy su pastor... y vamos, no pueden ver ese ejemplo...

Isabel se puso lívida; aquello no lo esperaba ni tenía costumbre de oírlo; estaba harta de hacer obras de caridad y nadie había rechazado su dinero; últimamente había bailado en una función benéfica para la construcción de escuelas católicas, y el obispo, el mismo obispo, presidente de la junta organizadora de aquellas escuelas, le había dado las gracias. ¡Quién era el cura de Valdesantos para rechazar el bien que iba á proporcionar á su pueblo? ¿Por qué se metía en investigaciones que no le importaban?

—El señor obispo—es lo único que se atrevió á interrumpir D. Pablo,—el señor obispo no sabía que su fortuna de usted estaba mal ganada.

La bailarina, ante esta nueva injuria, perdió todo respeto y se manifestó tal cual era: grosera, audaz, fácil en el uso de soeces ironías, dichas entre carcajadas estruendosas y fingidas; cínica hasta provocar náuseas y atrevida hasta el más inaudito descaro.

D. Pablo, cubierta la cara con el sombrero de teja para no ver los insolentes gestos de aquella furia, aguantó resignado el más violento chaparrón de injurias que había escuchado en su vida, y cuando el cansancio físico hizo callar á Isabel, se levantó pausadamente, y cerca de la puerta volvió á decir:

Por Dios, le suplico que no vaya más á Valdesantos.

Esto reanudó la batalla; pero ahora las injurias iban también contra el pueblo.

Ni por un momento volvería Isabel á poner los pies en aquella aldea de cafes, donde todas las mujeres eran peores que ella y todos los hombres unos animales.

En el acto iba á mandar un aviso para que vendieran la casucha de sus padres y supiera la gente que había desistido de favorecerla construyendo allí un palacio donde acabar sus días. Todo menos vivir en un sitio donde se pudiera volver á encontrar con semejante cura.



D. Pablo no intentó defender á sus feligresas; la noticia de que Isabel no pensaba volver á su pueblo le bastaba; bajó rápidamente los escalones de la fonda y se dirigió á una iglesia para orar por aquella infeliz, que sin duda era de todos los seres humanos el más necesitado del favor del cielo. En el templo perdió de tal modo la noción del tiempo, que era ya por la tarde cuando volvió á la posada en busca de su mula. Sin tomar el más leve alimento, mantenido por tantas emociones como experimentara desde la víspera, siguió el camino de Valdesantos, satisfecho de su obra y seguro de que aquel lugar estaba salvado de la peste.

A medio kilómetro del pueblo vió un gran grupo de hombres y mujeres que parecían acercarse rápidamente. «Vaya, se han enterado, y vienen á darme las gracias—pensó;—son muy buenas gentes estos hijos míos; y fijos sus ojos en el grupo, no vió que el alcalde de Valdesantos cogía la mula del diestro y la hacía detenerse.

—¿De dónde sale usted, señor alcalde?

— Vengo á decirle á usted que no entre en el pueblo y que se ponga en salvo.

— ¡Por qué!

— ¡No ve usted que viene todo el pueblo contra usted, porque saben que les ha quitado usted todos los beneficios que les iba á hacer la Isabelina? Aquí está la pareja de la guardia civil que le acompañará á Lugo otra vez.

— Pero yo, ¿por qué?... Yo no huyo.

— No hay más remedio, si no tendremos que hacer fuego sobre el pueblo...

Los gritos de ¡muera D. Pablo! y algunas piedras que llegaban á sus pies, así como la actitud de la pareja de la guardia civil que preparaba sus armas, convencieron al pobre cura de que aquello iba de veras, y sin decir palabra, dejó que el alcalde volviera la mula y la arreara en dirección á Lugo.

Sigan ustedes—dijo á los guardias el alcalde;—yo contendré aquí al pueblo.

La pareja echó los fusiles al hombro, y D. Pablo, cabizbajo, con un guardia á cada lado, como un criminal, se dejó llevar camino de la capital murmurando:

—Pues, señor, por lo visto no se ha acabado aún la redención del hombre... Lo que suceda es que salen pocos redentores.

Emilio S. Pastor.

¡Me han matado!

Hoy habrás de perdonarme, queridísimo lector, que dedique estos renglones á un asunto que á ti no te interesa tres cominos, ó mejor dicho, ni dos. Mas como estoy bajo el peso de una preocupación, hoy no acertaría á hablarte de otra cosa, no señor. ¿No sabes lo que me ocurre? Pues una desgracia atroz. Soy desde chico un goloso de los de marca mayor, y sin duda por lo mucho que mi estómago abusó, salen ahora mis doctores diciéndome á toda voz: «No comas en adelante cosas que tengan dulzor y toma en lugar de azúcar bicarbonato de sodio (1) y ojo al Cristo, porque es grave tu presente situación.» Como madre á quien separan de los hijos que crió, como frágil barquichuela que se queda sin timón, como gallo que despluman para echarlo en el arroz, como joven á quien sacan quince muelas y un raigón, como órgano que se queda sin fuelle, ó como reloj que pierde la maquinaria, así me he quedado yo! ¿Ya para mí qué es la vida? Una desesperación. ¿Se me antoja un pastelillo?

Tengo que exclamar:—¡Horror! Y en lugar de aquellas cremas de feliz recordación tengo que comprar piñones, ó mojama ó coliflor. ¿Crees que puedo llevar trajes de lana dulce? Ya no. Ni admito ya de mis novias dulces miradas de amor, ni tengo la buena pasta que siempre me distinguí, ni me como como antes diez duquesas de su tirón. Nada de hablar en *francés* ni de vestir como *il faut*; por un chico *almorazado* sería mi perdición! El busto del general Dulce, que en un velador de mi casa está, mañana lo tiro por el balcón. Y voy á romper las cartas de mi prima Leonor, por que es monja *capuchina*, y á quitarle á mi *chapeau* las alas *abarquilladas*. ¿Yo barquillos? ¡No, por Dios! ¡Oh doctores sapientísimos! ¡Con el deseo mejor me habéis hecho la receta de una manera feroz! En fin, para que conozcas lo grande que es mi temor, yo, que siempre le he pedido una muerte dulce á Dios, hoy le retro mi ruego, pues sé que, en mi situación, si tengo una muerte dulce, me voy á poner peor.

Juan Pérez Zúñiga.

ANTE LA ESTATUA DE TRUFA

I
El genio trajo al genio, y hoy renace en una estatua
Antón el de los cantares,
el hijo de las montañas,
el áfable, el dulce, el bueno,
el que es honra de Vizcaya,
gloria de nuestro Parnaso
y de la española patria.
Benlliure, sin conocerle,
sapo adivinar su alma
é interpretó en suaves líneas
la dulzura en él innata,
la no fingida modestia,

la laboriosa constancia.
Dióle reposo á su cuerpo,
pero en sus dulces miradas
que algo persigue se observa
en lo que la vista alcanza:
el río de claras linfas,
la aldea de blancas cascas,
el severo campanario,
la tierra que esconde avara
rustos de generaciones
que cobija una cruz santa;
el amor á la familia,
los anhelos por la patria,
las bellezas que las tierras

ofrecen al contemplarlas,
tesoros de la poesía,
halagos de la esperanza,
pasiones por él sentidas
y con candidez narradas.
Después, al fundir le efígie
cobró mayor semejanza,
pues la dureza del bronce
su gran carácter retrata.
Honra al escultor insigne,
que en su juventud gallarda
cibe á su inspirada frente
lauros que su genio ensalzan
Plaza al gran artista que honra
á la tierra valenciana;
anamos siempre á su nombre
merecidas alabanzas;
pero dejadme un momento
que de él me aparte, y que vaya
á evocar gratos recuerdos
junto á su tranquila estatua.

II

Los años se han sucedido,
pero aún siguen en el alma,
cual si de ayer mismo fueran,
recuerdos que nunca pasan.
Tú, llorando ingratitudes
de pasiones exaltadas,
volviste á Madrid, trayendo
á tus dos prendas más caras.
Yo á tu lado, y como siempre
escucho en tus palabras
lecciones de mansedumbre
y de dulces esperanzas.
La pobre patria sufría
y su seno desgarraban,
aquí el bando absolutista,
allí ambiciones bastardas
de los regeneradores
que causaron tantas lágrimas
¡Días sin soll que un poeta
entonces denominaba;
noche eterna sin aurora,
dolores sin esperanza,
algo siniestro y sombrío,
como terrible amenaza
contra el honor, la existencia
y la integridad de España.
Presidarios evadidos
tripulando sus fragatas,
el cantón en una villa
y la rebelión en varias.
¡Cuánto sufrías entonces
y con qué fervor alzabas
tu dulce mirada al cielo
pidiéndole por la patria!
Después, ahogando tristezas,
volviendo á la vida práctica,
buscábamos juntamente,
con el alma desgarrada,
el pan nuestro, que las letras
nos proporcionan y tasan;
y en larguísimo paseo,
huyendo de la algarazara
de Madrid, nos comprendíamos
sin hablar una palabra,

por comunidad de ideas,
por impresiones análogas,
por amistades comunes
y por comunes desgracias.
Los mismos faustos sucesos
á la vez nos alegraban,
las mismas desdichas siempre
arrancaban nuestras lágrimas,
y resucitando historias,
evocando glorias patrias,
analizando la herencia
de las letras castellanas,
tú, más anciano, narrándome
impresiones de tu infancia;
yo, más constante en la brecha
y en las lides literarias,
contándote pequeñeces
que tú nunca sospecharas;
tú, soñando en el destierro
con tu querida Vizcaya;
yo, sin tener el consuelo
de poder recordar nada,
porque en mi niñez errante
recorrí toda la patria
y sé dónde fué mi cuna
porque papales lo cantan,
no por las tiernas memorias
que en la niñez nos halagan,
en la juventud nos siguen
y en la vejez nos encantan.
¡Cuántas veces embebido,
pendiente de tus palabras,
siguiendo su pensamiento,
fui quien primero admirara
tus novelescas ficciones
en la verdad cimentadas,
aquellos cuentos que dejan
impresiones siempre gratas,
y en los que rendiste culto
á las pasiones más sanas,
sencillos como un idilio
y puros como tu alma!
¡Cuántas veces, conmovidos
por lecturas literarias,
tu voz, de emoción vendida,
ahogábase en tu garganta,
y yo sentía en mis ojos
cómo el llanto se agolpaba,
y tú dejabas el libro,
y yo, sin decirte nada,
ni aparentaba advertirlo,
ni á continuar te incitaba!...

Hoy, maestro, tu ausencia lloro;
apagóse tu palabra
y de la lucha rendido,
tu cuerpo en tierra descansa;
mas tu espíritu respira
en cien cariñosas cartas,
que oculto, como el avaro
sus ricos tesoros guarda.
El patrimonio de mis hijos
serán sus sentidas páginas,
pues si la amistad de TRUFA
antes alegró mi casa,
hoy tu recuerdo ennoblece
á todos cuantos te aman!

M. Osorio Bernard.



de Cuba, y á lo mejor salimos nosotros con lo siguiente:

Día 6 de Agosto:

«Esta tarde han continuado los comentarios, ó por mejor decir, las

adivinaciones acerca del *suceso misterioso* que, según ayer se dijo, se haría público muy pronto y podría tener gran influencia en la campaña de Cuba.

Esto nos ensanchó á todos los corazones, porque saltaba á la vista que había de tratarse de un hecho importantísimo de la guerra que iba á acelerar la paz.

Pues bien...

Día 7 de Agosto:

«Anoche á última hora oímos decir que había cesado el misterio de la noticia anunciada y que estos últimos días ha sido objeto de todas las conversaciones. En los centros oficiales continuaban con la misma reserva, por lo que creímos que la versión sería una de tantas inventadas, máxime cuando el acontecimiento de que se trata nada tiene que ver con sucesos de la campaña.»

Total, que parece que todo se reduce á que el gobierno aconsejó á la reina que revistase las tropas que han de reunirse en Vitoria para embarcar con rumbo á la Grande Antilla.

Conque ahora díganme ustedes si no parece mentira que una nación sería tenga todavía estas cosas de niño pequeño.

Yo, si fuera gobierno, aconsejaría á S. M. precisamente lo contrario: que no pasase revista á las tropas.

Porque eso viene á ser conceder á la guerra una importancia que nosotros no debemos darle jamás... aunque llegue á tenerla.

Y ya que estamos quedando tan guapamente al enviar allá miles de hombres y millones de pesetas sin ostentación, sin ruido, como si fuera la cosa más natural del mundo, no vayamos á echarlo á perder á última hora con procesiones, cohetes y repiques de campanas.

Porque, una vez roto el hielo, pronto caeremos en la ridiculez de iluminar los balcones de las casas cada vez que muera un cabecilla de los insurrectos.

Si oigo cantar á una tiple,
me pongo á considerar
las latas que le habrá dado
á toda la vecindad.

FEDERICO CANALEJAS.

Este año, más que ninguno, se ha destapado la afición á darse tono de las personas insignificantes.

Me he encontrado entre las noticias de viajes con cada ilustrado escritor y cada distinguido hombre público que tiembla el misterio.

Y es que hay hombre *inédito* que se cree que es político ó literato efectivamente, y aprovecha la ocasión para participárselo al mundo pagando el sueltico á tanto la línea.

Y luego dicen que la humanidad está perdida.

¡Lo que está es tonta de remate!

Nuestro colega *La Lealtad*, de San Feliu de Guixols, ha publicado un número extraordinario, con motivo de las fiestas de aquella villa.

Es el citado número verdaderamente notable; contiene artículos y composiciones en verso de muy distinguidos escritores y multitud de fotografías. Damos la más cordial enhorabuena á nuestro colega de San Feliu.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

El tío Tararira.—En efecto, es poquita cosa.

Malizulo.—¡Santo Dios! Lo que habrá llovido desde que se publicó esa picardía en un libro de los que se venden en los cafés *sotto voce* para solaz de la juventud estudiantil.

Sr. D. J. A. O.—Están mal versificadas las dos. Abandan las asonancias, los versos cojos, las violencias de dicción, etc., etc.

B. Cuadro.—No está mal del todo, pero pertenece al sistema humorístico de hace muchos años.

Sr. D. J. I. M.—No sé lo que quiere decir la palabra final, pero me da el corazón que es una porquería.

Un minero.—La primera no se imprimió. Las otras dos, en casa de Hidalgo, Cedaceros, 4. La composición es completamente seria y extraordinariamente filosófica.

Del Gado.—Esta vez no puedo aprovechar ninguna. Son vulgares todas.

Rivrod.—Defecto de que adolece también esa principalmente.

Sr. D. N. C.—En primer lugar, no podemos admitir prosa, y en segundo lugar, el cuento es viejo como él solo.

Pepita Piparra.—¡Dale, boñal! No haga usted más que menudecias, hombre, que son su especialidad. No me olvido del encarguito.

El de Triana.—Bien versificada. Tiene en su contra la manifiesta insignificancia del asunto.

Vate lego.—La rima carece de soltura en absoluto. Cosa que perjudicaría á la gracia... si la hubiere.

Sr. D. J. C. R.—Sí, recibí las dos anteriores y la de la semana presente. Pero ¡ay! las tres son muy medianas.

Salmonete.—No; no es de la índole del periódico. Eso salta á la vista.

El doctor Hiperulfito.—Estamos de acuerdo completamente. ¡Tan completamente que no puede ser más!

BIBLIOTECA DEL «MADRID CÓMICO»

PÓLVORA SOLA

POR SINESIO DELGADO, DIBUJOS DE CILLA

Precio, 3 pesetas.

LOS BARRIOS BAJOS

POR J. LOPEZ SILVA

SEGUNDA EDICIÓN

Precio, 3,50 pesetas.

COSQUILLAS

POR JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

Precio, 3 pesetas.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑIA COLONIAL
TAPIOGA TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPOSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUENAS COGNACS SUPERFINOS

MARCA REGISTRADA



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MARSA-MARSEILLE

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no va acompañada el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Penuñalar, 1, primera derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambray, calle Rivadavia, 513, Buenos Aires.